

CAPÍTULO III

LA UNIDAD CATOLICA (1).

SECCION I.^a

CONSIDERACIONES GENERALES

§ I.—La unidad exterior.—Necesidad de la Iglesia.

Según el dogma católico, la Iglesia es una institución divina fundada por Jesucristo. Como la fe es una, la Iglesia debe serlo también. Cristo eligió uno entre sus apóstoles para ser el representante de esa unidad: San Pedro es la piedra sobre la cual se edificó la Iglesia. Al recibir el Evangelio de sus manos, Roma, la Ciudad Eterna, recibía también la supremacía. De esta manera, desde la cuna del cristianismo está la Iglesia constituida monárquicamente; ella fué entonces lo que será siempre, porque es inmutable como la fe. ¿Cuál es la misión de la Iglesia? Ser la forzosa mediadora entre el hombre y Dios; el hombre se relaciona con Dios por medio de la Iglesia, y en su seno es donde participa de la vida. El Espíritu Santo no ilumina más que á los que están en la Iglesia, y el que de ésta se separa, se separa de la comunión divina (2): fuera de la Iglesia no hay salvación. Esta noción de la Iglesia es una consecuencia rigurosa del dog-

ma católico. No es solamente la religión la que es divina; con igual título que la fe, lo es la Iglesia exterior, la cual se confunde con la fe.

Ha sido fácil á los protestantes destruir la pretendida divinidad de la Iglesia, demostrando, con los libros sagrados en la mano, que en el principio no hubo ni siquiera sociedad cristiana separada del judaísmo. Los primeros cristianos continuaron siendo judíos, sin distinguirse de sus hermanos más que por la creencia en la venida del Mesías; el cristianismo era una secta judaica, cuando San Pablo, ensanchando las ideas estrechas de los apóstoles, llevó la buena nueva á los gentiles. Tan falso es que Jesucristo fundase el edificio del catolicismo, que hasta es dudoso que él quisiera una Iglesia exterior como órgano de la nueva fe; veía bien, por el ejemplo de los fariseos, lo que llega á ser la religión en manos de un cuerpo sacerdotal. Sin duda quería que hubiese unidad entre sus discípulos, y la unidad es la que él ha venido á predicar; pero ni una sola de sus palabras indica que tuviese la intención de establecer la unidad exterior. La Iglesia, pues, no ha sido instituida por

(1) THOMASIN, *Disciplina antigua y nueva de la Iglesia*, 3 volúmenes en folio — PLANK, *Obr. cit.*, 6 vol.

(2) IRENÆI, *Hæres.*, III, 24, 1.

Jesucristo. ¿Fué organizada por los apóstoles? Sus *Actos* y sus *Epístolas* atestiguan que en los primeros tiempos del cristianismo no había culto propiamente dicho ni había ceremonias litúrgicas. ¿Para qué eran entonces necesarios sacerdotes, obispos ni papas? Los ministros de esa Iglesia naciente eran los *ancianos*; los obispos, distinguidos, no por el rango, sino por las funciones, no tenían superioridad alguna, ni aun enfrente de los fieles; entre los discípulos de Cristo había igualdad absoluta. Esa misma igualdad reinaba también entre las diversas Iglesias fundadas por los apóstoles; el lazo que las unía era puramente espiritual, y no se pensaba en subordinar las Iglesias, ni en ligarlas por medio de un sistema jerárquico. En la situación del cristianismo y en el estado del mundo, no se podía ni aun siquiera prever que las sociedades cristianas llegasen á formar un solo cuerpo, y que serían sometidas á un solo jefe (1).

¿Cómo se ha llegado á formar la Iglesia exterior católica? Á los ojos de los protestantes, la Iglesia es una desviación del espíritu evangélico, un retroceso al judaísmo (2). Moisés decía: «¡Pluguiera á Dios que todo el pueblo del Eterno fuese profeta y que Jehová infundiera su espíritu sobre todos ellos!», Pero ¿cómo realizar ese sublime ideal en el seno de un pueblo apenas sustraído á la servidumbre del paganismo? Para hombres-niños se necesitaban tutores y maestros, y Moisés organizó un sacerdocio llamado á ejecutar los sacrificios y unir á los fieles con Dios. Tal era la ley antigua; pero ésta no debía ser más que una educación, una preparación á la ley nueva. Jesucristo restableció la comunicación directa entre el hombre y Dios; él es el único sacrificador, el único mediador; desde entonces ya no puede haber sacerdotes intermedios entre los hombres y Dios. Todos los cristianos están unidos á Dios por Cristo; por él han llegado á ser todos una raza sacerdotal y espiritual (3). Sin embargo, no todos tienen la misma vocación; Dios distribuye sus dones de una manera desigual, para que la diversidad de los talentos sea un lazo de solidaridad entre los hombres. Pero si los dones son diferentes, el espíritu es uno solo. Aquel á

quien su vocación llama á enseñar la fe, á difundirla, á mantenerla, no por ejercer esa función se convierte en el superior de aquellos á quienes predica la palabra de Dios. La diferencia de aptitud y de funciones no es un obstáculo á la igualdad (1). Mucho menos existe desigualdad y subordinación entre las varias sociedades cristianas. Los apóstoles escribían como á sus hermanos á aquellos á quienes ponían á la cabeza de las diversas Iglesias, y por ese medio revelan el verdadero espíritu del cristianismo, la igualdad, la fraternidad. El principio monárquico no es el del Evangelio (2). La unidad exterior es una idea de la ley antigua; bajo la ley nueva hay una unidad más alta, más verdadera, la de las almas: la Iglesia cristiana es esencialmente espiritual.

En el ideal que los protestantes se han formado del cristianismo hay un aspecto verdadero; tienen razón en pronunciarse contra la noción católica del sacerdocio, porque la distinción entre el sacerdote y el laico reproduce en el fondo la distinción de las castas. El sacerdocio es depositario de la verdad que le ha sido transmitida por una tradición divina; él solo practica la perfección cristiana; abandona á los seglares los cuidados temporales, las riquezas, el matrimonio, y se reserva la virginidad, la comunidad de bienes, el desprecio del mundo. Por este medio, el clero viene á ser un orden privilegiado; el resto de los hombres se queda fuera de la verdadera vida, y no participa de ella más que por la recepción pasiva del dogma; si tienen parte en la vida, es sólo por la mediación de la Iglesia. Á los seglares se les prohíbe la lectura de los libros santos; la Escritura es el patrimonio del clero, y el culto se celebra en una lengua que la gran masa de los fieles no comprende. Hé aquí al seglar separado del sacerdote por el idioma, por la ciencia y por todo lo que constituye la vida. Para hacer del clero una casta no le falta más que un elemento, la herencia. Felizmente el espíritu cristiano reclama el celibato; el celibato es el que ha salvado á la Europa del régimen de las castas.

La casta sacerdotal ha llenado su misión y debe ya desaparecer. La humanidad no cree ya en el

(1) PLANK, t. I, p. 10 y sig. — GIESLER, *Obr. cit.*, t. I, § 30.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, páginas 332, 337.

(3) Todos son «sacrificadores (sacerdotes) y reyes, la nación santa, á fin de que anuncien las virtudes de Aquel que les ha sacado de las tinieblas á la luz.» SAN PEDRO, *Epíst.* I, 9.

(1) SAN PABLO, I ad *Corinth.*, XII. — NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 306 3.º.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, p. 312, 345.

origen divino de la Iglesia; no reconoce en ella más título que la capacidad superior en cuanto al pasado que la llamó a la dirección de una sociedad bárbara. En el día, la humanidad no necesita ya de un intermediario entre ella y Dios; su creencia es la de que un vínculo directo, permanente, indisoluble, liga a la criatura con el Creador, y esa inspiración divina basta para guiarla hacia el fin de sus destinos. No más Iglesia mirada como condición necesaria de salud; no más separación entre la vida laica y la vida espiritual; no hay más que una vida, cuyas manifestaciones todas son igualmente sagradas, puesto que todas vienen de Dios.

Pero si estamos de acuerdo con los protestantes en la reprobación de la idea católica del sacerdocio, no podemos creer que la idea protestante sea en todo la del Evangelio. En cierto sentido, el catolicismo se deriva del espíritu evangélico. ¿Qué es el sacerdocio sino la exaltación de la vida religiosa? Aquél tiene su principio en el espiritualismo cristiano más que en la ley antigua. El cristianismo no acepta el mundo, el matrimonio, la propiedad, más que como una necesidad, y pone su ideal en una existencia separada del mundo, en la virginidad, en la abdicación de la propiedad. No todos podían vivir en esa vida espiritual, y Dios elige, entre todos, aquellos que formarán su lote (1): estos sólo viven de la verdadera vida, de una vida religiosa, de una vida santa. De ahí la oposición entre la Iglesia y el mundo, entre lo espiritual y lo temporal, entre el clérigo y el laico.

La Reforma fué una insurrección contra la Iglesia en general. En oposición a la Iglesia exterior casi judaica, los protestantes imaginaron una Iglesia puramente espiritual, fundada en la igualdad de los creyentes unidos a Dios por el divino Mediador. Esta idea la transportaron a la cuna del cristianismo, y se hicieron del Evangelio su arma contra la Iglesia, pretendiendo que el catolicismo era una desviación del espíritu evangélico. Su pretensión fué la de volver a ese ideal desconocido; pero el ideal no está jamás en el pasado (a). La igual-

(1) De ahí la palabra *clero*. Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

(a) Pero si el ideal cristiano no radica ni entraña en la doctrina y en el ejemplo del Cristo... ¿dónde está? ¿Dónde quiere entonces Mr. Laurent ir a buscar ese ideal? El cristianismo de los concilios, de los papas y de las decretales no puede ser otra cosa que la aspiración a la realización, aspiración llena de rozamientos y de tropiezos, realización acomodada a las circunstancias, condiciones y necesidades de los tiempos y de los

dad religiosa a que nosotros aspiramos hubiera sido una imposibilidad en las circunstancias en que nació y se desarrolló el cristianismo. Que se considere el estado de los pueblos en los momentos en que Jesucristo vino a predicar su doctrina. La plebe, corrompida por el paganismo, envilecida por el despotismo imperial, apenas era capaz de comprender la *buena nueva* que se le anunciaba. ¿Y se quiere que Jesucristo haya llamado a esas masas ignorantes y podridas a constituir la Iglesia! ¿Sería la ignorancia la que habría de desenvolver los dogmas? ¿Sería la inmoralidad la que habría de depurar las costumbres? El mundo antiguo necesitaba tutores, porque aun era adolescente; necesitaba una Iglesia que desarrollara la doctrina cristiana y que le diese el espectáculo de una vida espiritual. Y hasta tal punto era grande la corrupción, que aquello mismo no bastó; fué necesario que Dios enviase a los Bárbaros para salvar la sociedad y el cristianismo. Pero el contacto de los Bárbaros con la corrupción romana iba a producir una inmoralidad monstruosa. ¿Debía residir la Iglesia en el seno de la barbarie? No, la Providencia favoreció la formación de una Iglesia para educar y moralizar a los Bárbaros.

La unidad no podía ser puramente espiritual, debía tener un cuerpo; tal era la condición de existencia y de porvenir. ¿Y cuál fué la ley de ese desarrollo? En la cuna del cristianismo reina la igualdad religiosa, el sistema *presbiteriano*, si se puede llamar sistema a la ausencia de organización. Aquel estado podía convenir a una sociedad naciente, a comunidades religiosas que vivían en el aislamiento; la necesidad trajo después una organización más fuerte. La *aristocracia episcopal* dió leyes a la sociedad cristiana, fundó el dogma, representó a la cristiandad enfrente de los Bárbaros, y salvó al cristianismo. Pero la unidad episcopal se consideró insuficiente en medio de la disolución social que tuvo lugar desde el siglo V al X. La impotencia del episcopado y la decadencia de la Iglesia legítima el advenimiento del *papado*: el poder espiritual se concentra en una poderosa monarquía.

Así ha marchado la Iglesia hacia una organi-

hombres. Pero el ideal cristiano hay que buscarlo en Cristo. Y en nuestro concepto, no hacen mal los protestantes en irlo a buscar en el Evangelio. Y allí lo ha ido a buscar Renán, que, en nuestra opinión, ha desentrañado y determinado mejor que Mr. Laurent el ideal cristiano. Para nosotros no es lo mismo cristianismo que catolicismo.—(N. del T.)

zación cada vez más fuerte, propendiendo a constituir un poder cada vez más absoluto. ¿Ha sido cálculo, ó ha sido necesidad? Cuando se leen las obras de los escritores protestantes se inclina uno a creer que el desarrollo de la Iglesia ha sido el fruto de una larga conspiración de los obispos y de los papas contra la libertad cristiana. No negaremos la influencia de las pasiones humanas en la vida de la humanidad; el egoísmo tiene su parte en las acciones de los hombres, y desempeña su papel en los grandes acontecimientos; pero son sentimientos más nobles los que dan el impulso (1). Hay sin duda alguna móviles personales en aquellos que han trabajado para levantar el edificio de la Iglesia; pero hay también incentivos más elevados. Lo que hemos dicho con respecto a los misioneros lo diremos también relativamente a los obispos y a los papas.

§ II.—La Iglesia y el Estado (2).

I

La ambición de la Iglesia, su inmortal ambición, es la de ser un poder espiritual. Instituida por el mismo Dios, tiene por misión la de guiar a la humanidad en el camino de salud. Este concepto de la Iglesia está preñado de consecuencias peligrosas para la independencia del Estado. Por de pronto, la Iglesia existe como persona civil y ejerce todos los derechos sin la intervención del Estado, y, si es preciso, a pesar del Estado, de lo cual resulta que es la Iglesia un Estado dentro de otro Estado, ó, lo que es lo mismo, que está organizada la anarquía. Además, el poder espiritual ejerce siempre y forzosamente, poca ó mucha, alguna acción sobre el poder temporal, y esto es lo que han proclamado todos los grandes pontífices en la Edad Media; eso mismo es lo que sostienen todos los teólogos y canonistas ultramontanos. Esa acción en lo temporal destruye la soberanía del Estado en su esencia, puesto que le subordina a la Iglesia: los príncipes pueden ser depuestos, los súbditos desligados de su deber de fidelidad, las leyes infringidas, los juicios anulados, en definitiva, la Iglesia sola es soberana.

Ese poder que la Iglesia reivindica lo hace

(1) GUIZOT, *Curso de historia*, lec. III y XIX.

(2) Véase mi libro sobre *La Iglesia y el Estado*, 2.^a edición.

proceder de Dios mismo: todas sus pretensiones son derechos divinos, lo cual supone que la Iglesia debe su institución a Dios y que Jesucristo es Dios. La humanidad moderna rechaza ese dogma, porque la es imposible comprender que lo infinito y lo finito se reúnan en una misma persona. No menos imposible es a la ciencia histórica el admitir esa creencia: la ciencia niega que Jesucristo se proclamase hijo de Dios en el sentido de los decretos de Nicea; niega que los apóstoles hayan predicado la divinidad del Mesías, y prueba que ese famoso dogma se ha formado sucesivamente bajo la influencia de concepciones filosóficas y de supersticiones populares. En el terreno de la razón y de la historia no se puede ya sostener una Iglesia fundada por Dios, ni un poder espiritual, ni un poder temporal. ¿Qué es entonces la Iglesia bajo el punto de vista racional? Es la sociedad de los fieles, y esa asociación no difiere esencialmente de las sociedades ordinarias que se forman con objeto industrial, comercial ó literario. Así es que la Iglesia está dentro del Estado y subordinada al Estado, lejos de estar fuera y por cima del Estado.

Por lo dicho se advierte que si el buen sentido pudiera resolver la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la cosa sería muy sencilla. Nosotros creemos que no lo es menos cuando se coloca la cuestión en el terreno del Evangelio. El pretendido derecho divino de la Iglesia supone que Jesucristo ha fundado una Iglesia y que la ha confiado un poder espiritual. Esas suposiciones son otros tantos errores. No es verdad que Jesucristo haya fundado Iglesia. Mientras él vivió, ni aun siquiera había sociedad cristiana, distinta del judaísmo; quizá no la hubiera habido jamás, ni cristianismo ni Iglesia si Pablo, dando ensanche a las estrechas ideas de los apóstoles, no hubiera llevado la buena nueva a los gentiles. ¿Se concibe, en ese orden de ideas, que Jesucristo estableciera una Iglesia exterior al lado y en oposición de la sinagoga? No podía ni aun pensar en ello. Hay, además, otra razón no menos decisiva que impidió a Cristo fundar una Iglesia, tal como nosotros la conocemos con su poderosa jerarquía. Jesucristo estaba imbuido en la creencia de que el fin del mundo estaba próximo, y que después de la consumación de las cosas se abriría el reino de los cielos. El que está convencido de que de un día a otro la tierra y todos los establecimientos humanos serán

aniquilados, ¿iría á fundar una Iglesia? ¿Para qué? ¿Para guiar en la vía de salud á una humanidad que no tiene más que algunos días de vida? (a).

¿Hay que preguntar ahora si Jesucristo había ó no poder espiritual á la Iglesia? Colocado el asunto en su verdadero punto de vista, la cuestión es soberanamente absurda; es tanto como preguntar si Jesucristo ha conferido poder soberano á una Iglesia que no existía ni debía existir. Sin embargo, la Iglesia ha ejercido un poder, y, hasta cierto punto, lo ejerce hoy mismo; necesitamos remontarnos á sus primeros orígenes. Se invocan las palabras de Jesucristo: *Habiendo llamado á los doce apóstoles, les dió fuerza y potestad sobre los demonios y para curar enfermedades. Los envió á predicar el reino de Dios y dar salud á los enfermos.* La palabra *potestad* se ve pronunciada; pero ¿en qué consiste? Cristo confiere á sus discípulos el poder de hacer milagros. Ese es el poder dado por el Hijo de Dios á la Iglesia. Verdad es que la Iglesia con sus exorcismos sostiene el pretendido deber de arrojar los demonios; pero ese es un fundamento ruinoso de su autoridad, porque su poder de hacer milagros no ha sido más que mentira y superchería. Aun bajo el punto de vista ortodoxo, no se puede ver, en el don de hacer milagros, más que un poder extraordinario que el hijo de Dios ha comunicado á los apóstoles, pero que éstos no han podido legar á sus sucesores. Queda sólo la misión

(a) Esta argumentación desdice un poco de la solidez de raciocinio y de la elevación de espíritu propios de Mr. Laurent. «El reino de Dios» ó «reino del cielo» frase empleada tan á menudo por Jesús, usual, como dice Renan, entre los Hebreos de aquel tiempo, no tiene la significación que le da Mr. Laurent. P. Leroux y Renan la han comprendido, desentrañado y explicado con mucha más profundidad y más verdad. «A esa frase, ya usual entre los Judíos, dice Renan, la daba Jesús un sentido moral y un alcance social que el mismo autor de libro de Daniel apenas había podido vislumbrar en medio de su entusiasmo apocalíptico. — En el mundo tal cual es, reina el mal. Satanás es el rey de este mundo y todo le obedece... Los justos son perseguidos, y el único lote de los buenos son las lágrimas. De este modo, el mundo es enemigo de Dios y de sus santos; pero Dios se alzaré y vengará á sus santos. El día está próximo, porque la abominación llega á su colmo. El reinado del bien tendrá su turno... Un orden nuevo regirá en la humanidad... Lo que Jesús quería establecer en la tierra era el reinado de Dios, es decir, el reinado del espíritu, la doctrina de la libertad de las almas... Si hubiera sido un visionario que no hubiera tenido otra idea más que la proximidad del juicio final... ¿habría puesto tanto celo y tanto fervor en el perfeccionamiento y mejora del hombre, hasta el punto de dejar instituida la enseñanza moral más bella que ha conocido la humanidad? No; la idea del fin del mundo, en el sentido material que le da Mr. Laurent, no es de Jesús, es de los visionarios y de los pobres de espíritu de los primeros siglos y de los siglos medios de la Iglesia. (N. del T.)

de predicar el reino de Dios, lo cual no constituye un poder.

Jesucristo dice en otro lugar á sus discípulos: *En verdad os digo, que todo lo que atéis sobre la tierra, atado será en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, desatado será también en el cielo.* ¿Es á la Iglesia á quien se dirigen esas palabras? Es á los apóstoles; y se trata del reino de los cielos que, en la creencia de la cristiandad primitiva, debía inaugurarse de un momento á otro. Y entonces, ¿no es absurdo querer encontrar, en las palabras que se refieren á un reino místico, un poder que la Iglesia ejerce en esta tierra? Lo que prueba hasta la evidencia que ese pretendido poder es una quimera es el que las Iglesias protestantes no ejercitan ya el poder de atar y desatar.

Es inútil insistir más en los textos evangélicos. La Iglesia misma se ha encargado de echar abajo sus pretensiones, puesto que no solamente los protestantes han renunciado á todo poder, sino que, en el seno mismo de la Iglesia ortodoxa, los galicanos, sin embargo de sostener la idea de un poder espiritual, no le dan la significación de una potestad propiamente dicha; se limitan á reclamar con aquel título la enseñanza de la palabra de Dios y la libre administración de los sacramentos, y eso ya no es poder, es un misterio.

II

Si la Iglesia no tiene poder espiritual, ¿cómo había de tener poder temporal? En esta parte, no solamente la faltan los textos evangélicos, sino que la son absolutamente contrarios. Citemos, ante todo, la célebre máxima que, según Bossuet, basta por sí sola para echar abajo el andamio de la ambición ultramontana: «*Mi reino no es de este mundo. Dad al César lo que es del César.*» En vano se ha querido dar tortura á esas palabras para hacerlas decir lo contrario de lo que dicen. No se trata sólo de un texto sobre el cual siempre se puede epilogar, se trata del espíritu que ha dictado esas palabras. Jesucristo abandona el mundo político al César. Su reino propio es el reino de los cielos, es decir, un mundo diverso de aquel en que vivimos. Todo lo que Cristo pide de este mundo es que el hombre sea libre de dar á Dios lo que es de Dios, es decir, que reivindica la libertad del creyente contra el despotismo del Estado antiguo que ab-

sorbía al hombre en el ciudadano sin dejarle ni aun la libertad de conciencia. Pero en cuanto al mundo político, Cristo no tiene pretensiones, le es indiferente. ¿Qué le importa una ansiedad que va á perecer? Cuando uno se coloca en el círculo de las ideas de Cristo, se ve que es insensato suponerle el menor propósito de dominación temporal (a).

Jesucristo quiere que se dé al César lo que es del César: exceptúa de esa obediencia á la Iglesia? A esta pregunta responde San Pablo: *Que toda persona está sometida á las potestades superiores, porque no hay potestad que no venga de Dios.* ¿A quién dirige este precepto el apóstol? A los Romanos. ¿Y quién reinaba en Roma? Nerón. De este modo el poder del príncipe está santificado, así fuera el de los emperadores monstruos que reunían en sus manos la omnipotencia. *Toda persona debe obediencia al Estado.* ¿Hay alguna excepción en cuanto á las cosas ó en cuanto á la Iglesia? Oigamos á San Crisóstomo: *Toda persona, aun cuando fuese un apóstol ó un profeta, está sometida á la potestad temporal.*

Hémos aquí ya lejos de un poder temporal. Las palabras de Cristo, como las de San Pablo, son tan formales, que cuesta trabajo comprender cómo ha podido la Iglesia invocar el Evangelio para apoyar sus pretensiones. Ateniéndose al espíritu evangélico, hay que decir, con los protestantes, que el poder ejercido por la Iglesia es una usurpación, y que jamás ha habido usurpación más impía. Porque la Iglesia se cubre con el nombre de Dios para establecer una potestad que pretende despojar á los pueblos de la independencia que han recibido de Dios, y sin la cual no hay sociedad posible. Y la Iglesia se prevale de las palabras de Jesucristo para justificar pretensiones que violan abiertamen-

(a) Repetimos lo dicho en nuestra nota anterior; y para mayor ilustración del asunto—que es, á nuestro juicio, importante—remitimos al lector al cap. vii de la *Vida de Jesús*, por E. Renan. No se necesita atribuir á Cristo propósito alguno de dominación ni de poder temporal para sostener que ni predicaba ni pensaba en el fin material del mundo, como lo entiende monsieur Laurent. Pensaba y predicaba y deseaba el fin del mundo, pero era del mundo del mal, dominado por Satanás, es decir, por el crimen y la maldad. Pensaba, y predicaba, y quería, y llamaba el reinado de Dios sobre la tierra, pero no era ninguna monarquía, ni república, ni papado, ni episcopado, ni presbiterianismo siquiera, era el reinado del bien por el bien mismo, lo que han querido y quieren muchos cristianos y muchos filósofos. Pero eso no tiene nada que ver con el catolicismo ni con el poder de la Iglesia temporal ni no temporal. Jesús no pensaba ni quería más Iglesia que la unión de todos los hombres en el amor al bien y á Dios, que es el Supremo Bien. — (N. del T.)

te las máximas escritas en el Evangelio. Jesucristo y sus apóstoles predicaban la obediencia al Estado; la Iglesia dice que es el Estado el que la debe obediencia. Cristo dice que es necesario dar á Dios lo que es de Dios; la Iglesia se ha puesto en el lugar de Dios, y ha reclamado para sí la sujeción absoluta de todo hombre, cometiendo un verdadero sacrilegio al falsear las palabras que atribuye á Dios, para convertir en doctrina de servidumbre una doctrina de emancipación. Pero si bajo el punto de vista de la enseñanza evangélica el poder de la Iglesia es una alteración de las palabras mismas en que se funda, queda por saber cómo ha podido ser aceptada su dominación, á título de derecho divino, durante tantos siglos.

III

El poder de la Iglesia tiene su más sólido fundamento en la divinidad de Jesucristo. Ese dogma fundamental del cristianismo se formuló en Nicea, y también fué en Nicea donde recibió su consagración la potestad divina de la Iglesia. ¿Que se piense un momento en el alcance que tiene el hecho de una Iglesia fundada por Dios! Ese origen le ha dado una autoridad incomparable, elevándola inmensamente sobre todos los establecimientos humanos. Así se vió que apenas fué proclamado el dogma de la divinidad de Jesucristo, la Iglesia reclamó su independencia enfrente del Estado; de allí á la dominación no había más que un paso.

La lucha del sacerdocio y del imperio comienza cuando se promulga el dogma de Nicea. El hijo de Constantino abraza el arrianismo, y al rechazar la divinidad de Jesucristo, rechaza la dominación de la Iglesia. Constancio persigue á Atanasio como á un enemigo personal, como si presintiera en él al fundador de un poder rival y superior al suyo. El emperador convoca un concilio en Milán, y apremia á los obispos para que condenen á Atanasio; da más importancia á la condenación de ese temible adversario que á las brillantes victorias que acaba de alcanzar contra Magnencio y Silvano. Los Padres del concilio le arguyen que no se trata de un asunto temporal en que deban atenerse á la palabra del príncipe, sino que se trata del juicio de un obispo. «Lo que yo quiero, dice Constancio, debe pasar por regla. Los obispos de Siria (arrianos) hallan procedente que yo hable así.

Obedeced, pues, ó seréis desterrados. Los obispos asombrados levantan las manos al cielo y le objetan atrevidamente que el imperio no es de él, sino de Dios. El emperador no escucha nada, los amenaza, echa mano á la espada contra ellos, y manda que se lleven algunos al suplicio; después, cambiando de parecer, se contenta con desterrar los (1).

Esa lucha de Constancio contra los obispos, esa escena de violencia, esa espada desnuda, esa amenaza de muerte que se detiene como aterrada de sí misma, es la lucha que comienza del sacerdocio y del imperio, entre el hijo de Constantino y Atanasio, el fundador del papado, para continuarse, á través de la Edad Media, hasta nuestros días (2). ¿De dónde viene á los obispos tanta osadía enfrente de los Césares? De que son los órganos de Dios: "Dios, dice un ardiente defensor de Atanasio (3), ha dado á los obispos el poder de que lo que aten en la tierra será atado en el cielo; por consiguiente, su poder es más grande que el de los emperadores." *San Gregorio Nazianceno* (4), dirigiéndose á los reyes de la tierra, les habla así: "La ley de Cristo os somete á nuestro poder y á nuestro tribunal. Porque también nosotros reinamos, y nuestra potestad es más alta que la vuestra. ¿Habría de ceder el espíritu á la materia? ¿Las cosas del cielo á las de la tierra?" "El sacerdocio, dice *San Crisóstomo*, sobrepuja tanto al imperio como el espíritu al cuerpo. El rey ejerce imperio sobre el cuerpo, el sacerdote sobre el alma; por esto es por lo que el rey humilla la cabeza bajo la mano del sacerdote. Cuando pide una gracia al cielo, el rey se dirige al sacerdote, pero no el sacerdote al rey. Por consiguiente, no es éste, sino aquél el que tiene el imperio" (5).

La conciencia de aquella superioridad anima á los obispos en la lucha que sostienen contra Constancio, y proclaman entonces las máximas que más tarde han de hacer la fuerza del papado; el lenguaje de *Lucifer* es tan fiero, tan despreciativo como lo fué más tarde el de los Gregorios é Inocencios,

(1) FLEURY, *Hist. eccl.*, lib. XIII, § 17.

(2) P. LEROUX, en la *Nueva Encicl.*, palabra *Atanasio*, t. II, página 194.

(3) LUCIFER, obispo de Cagliari, *Pro Athanasio*.

(4) GREG. NAZIANZ., *Orat.* XVII (t. I, p. 271).

(5) CHRYSOST., *de Sacerdot.*, III, 1 (t. I, p. 881). *Homil.* IV, in illud: *Vidi Dominum*;—ad populi anthiochen.—*Contra Gentiles*, (tomo VI, p. 127; II, p. 38; ib., p. 551, A).

con la diferencia de que la rusticidad del personaje (1) añade la insolencia al desprecio. El obispo de Cagliari pregunta á Constancio: "¿Con qué derecho pretende obligar á los católicos á satisfacer los deseos de su amigo el diablo? ¿Acaso ha olvidado que no tiene autoridad alguna sobre los obispos, sino que debe obedecer sus decisiones y que merece la muerte si intenta anular los decretos del concilio, si llega su orgullo hasta levantarse contra Dios? ¿Cómo había de ser juez de los obispos el que les debe la obediencia?" (2).

En las querellas del arrianismo, los obispos no hacen más que defenderse contra las intrusiones del imperio; pero apenas acaba la Iglesia de ser reconocida por el Estado, y ya impone respeto á la majestad imperial en sus arrebatos. De la defensa pasará bien pronto á la dominación. Van á llegar los Bárbaros, y la Iglesia está llamada á civilizarlos; ya tomará sobre ellos la autoridad "que corresponde al espíritu sobre el cuerpo".

Aquí se revela ya la legitimidad relativa de la especie de dominación que la Iglesia ha ejercido sobre el Estado durante la Edad Media. Una inmensa revolución nos separa de la predicación evangélica. El fin del mundo, que los primeros discípulos de Cristo esperaban de un día para otro, no se ha realizado; el que muere es el mundo antiguo, haciendo lugar á una nueva era de la humanidad. Los Bárbaros reinan allí donde imperaban los Césares, y se encuentran enfrente de la Iglesia. ¿Cuáles serán las relaciones de la sociedad cristiana, personificada en la Iglesia, con el Estado fundado por los pueblos del Norte? La comparación de los Santos Padres llegó á ser una realidad: la Iglesia representó el *espíritu*, los Bárbaros representaron el *cuerpo*. Era forzoso que la Iglesia reinase sobre el Estado.

No hay que tomar, sin embargo, tan al pie de la letra la dominación de la Iglesia: esa dominación no ha sido tan absoluta ni tan permanente como se cree por lo general. Del siglo V al X es más bien el Estado el que impera sobre la Iglesia; el poder espiritual está en manos de los obispos, y la aristocracia episcopal, por su propia naturaleza, está bajo la dependencia del Estado. Para llegar á

(1) LUCIFER mismo (*de Non pariendo*) dice que su estilo es duro y rústico. El estilo es el hombre.

(2) LUCIFER, *Pro Athan.*, l. b. I.

ser libre y fuerte necesitó la Iglesia concentrarse en el papado. Cuando éste ejerce el poder espiritual, la Iglesia domina aparentemente sobre el poder temporal; y decimos aparentemente, porque no llega á realizar la idea de su soberanía. A su lado y fuera de ella existen los reyes; verdad es que sufren durante algunos siglos la autoridad del sacerdocio; pero luchan por su independencia, y acaban por sacudir el yugo. El poder de la Iglesia se desmorona, porque ya no tiene razón de ser.

Ese poder no tenía realmente otro fundamento más que el de las circunstancias históricas en que se encontraba la Iglesia con respecto á los Bárbaros; su superioridad intelectual y moral la dieron autoridad sobre los pueblos que estaba llamada á educar y moralizar. De ahí la influencia del papado, de ahí la jurisdicción de la Iglesia, de ahí, en fin, el imperio que ejercía sobre las almas por la educación. En el día ya no hay Bárbaros; la sociedad laica es tan ilustrada y tan morigerada como la sociedad eclesiástica, y puede decirse que las dos sociedades tienden á confundirse. Por eso la Iglesia no puede ya ser un poder: es una asociación regida por las mismas reglas que todas las sociedades. En cuanto á los derechos de soberanía que llegó á usurpar, deben pasar al verdadero soberano, á la nación. Tal es la ley histórica á la que obedece la Iglesia fatalmente. Hace ya siglos que el papado, bien lejos de reinar sobre los reyes, se ve reducido á implorar su apoyo; hace ya siglos que la Iglesia perdió su jurisdicción. En el día lucha por conservar el último resto de su poder, la enseñanza; pero lucha en vano: sucumbirá á pesar de alguno que otro éxito parcial, porque hay un elemento social en la dirección intelectual y moral de las generaciones nacientes; esa dirección pertenece á la sociedad, que tiene el poder y el deber de la educación, en armonía con el derecho de los individuos.

SECCIÓN 2.ª

LA UNIDAD EPISCOPAL

§ I.—La aristocracia episcopal (1).

El gobierno de la Iglesia primitiva se ejercía por los ancianos, con intervención de los fieles. Se

(1) HAUBEAU, en la *Nueva Enciclopedia*, palabra *Episcopado*.

ha creído ver en ese sistema democrático un ideal establecido por los fundadores mismos del cristianismo. En realidad, el ideal no era otra cosa que la ausencia completa de organización; los fieles no sentían la precisión de unidad, todas sus fuerzas se dirigían á la propagación de la nueva fe. Cuando se multiplicaron las sociedades cristianas, la unidad llegó á ser una condición de existencia. Figurémonos el estado de la religión en el siglo II. La predicación evangélica produjo un movimiento extraordinario en los espíritus, y de él surgieron multitud de sectas. Las doctrinas que hoy calificamos de herejías se confundían entonces con la verdadera fe, hasta el punto de que era difícil saber cuál era la creencia católica. Los *ebionitas*, que pretendían ser los verdaderos discípulos de San Mateo, negaban la divinidad de Jesucristo. Los *nicolaitas* introducían las fábulas del Oriente en la religión cristiana. Los *cainitas* rechazaban la distinción del bien y del mal. Los *milenarios* se apoyaban en la autoridad de los apóstoles para predicar ensueños medio judaicos y medio cristianos. Los *gnósticos* querían emancipar el cristianismo de toda solidaridad con la ley de Moisés, y querían armonizarle con las creencias del Oriente. Los *montanistas*, adelantándose al cristianismo tradicional, profetizaban en medio de sus éxtasis una nueva revelación. Al extenderse el Evangelio se acrecentaron el número y el fervor de las herejías. El Oriente propendía á absorber todas las concepciones religiosas, cristianismo, mazdeísmo y budhismo, en una sola religión que no tenía de cristiana más que el nombre. El Occidente, queriendo explicar el Evangelio con auxilio de la filosofía platónica, se acercaba á una religión racionalista.

Podríamos llenar páginas enteras solamente con los nombres de las sectas que pululaban en los primeros siglos. Muchas de ellas no han dejado más que un nombre oscuro; pero algunas se atrevieron á disputar el imperio del mundo al cristianismo. La Iglesia estuvo mucho tiempo dividida entre los ortodoxos y los gnósticos, á punto de que era incierto predecir cuál de las dos creencias triunfaría. El maniqueísmo reinó en Oriente y amenazó invadir la Europa. El arrianismo tuvo á su favor concilios, emperadores y pueblos. Sin embargo, el fin del cristianismo era la unidad, y siendo una la fe, una debía ser la Iglesia. ¿Cómo mantener la pureza de la fe en medio de los desbor-